

La literatura  
Literatura  
Mexicana

—POR—

Luis G. Urbina

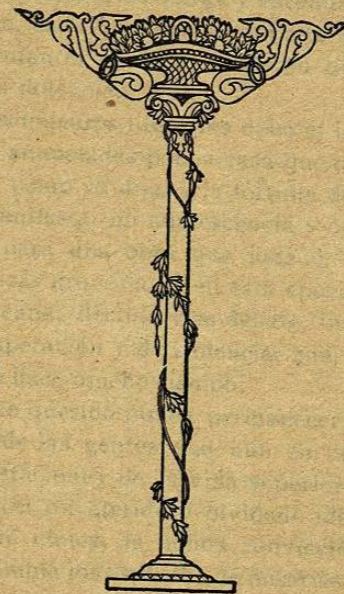
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA  
NACIONAL DE MEXICO

CONFERENCIA LEIDA EN LA "LIBRERIA  
GENERAL," EL DIA 22 DE NOVIEMBRE  
—DE 1913—

IMP. LA PLUMA-FUENTE  
AVENIDA 16 DE SEPTIEMBRE NÚM. 23  
—MEXICO, D. F.—

== LA ==  
LITERATURA  
MEXICANA

POR LUIS  
G. URBINA



22 de Noviembre  
== de 1913 ==



CONSULTA

1913

48699

LA  
LITERATURA  
MEXICANA  
POR  
LUIS  
G. URBINA



CONSULTA



UNA afortunada casualidad me condujo al primer sitio en estas conferencias ideadas por una empresa editorial que, mirando desde cierta altura su función mercantil, ha comprendido lo útil que sería no sólo para ella, sino para un vasto grupo de personas cultas, sacudir el amodorrado pensamiento de los hombres de letras y estimular la producción artística nacional que, cada vez más encanijada y anémica, presenta el aspecto de un infante, atacado, desde su tierno desarrollo, por grave y hereditaria dolencia.

No a mis merecimientos literarios debo el inaugurar la série de ocho conferencias anunciadas por la casa que nos hospeda en estos instantes; lo debo, como ya dije, a la fortuna de haber sido uno de los primeros en manifestar mi aquiescencia y ofrecer, de buen grado, mi concurso, para una obra que juzgué, desde luego, oportuna, amena, y quizás provechosa en esta época en que parece que la mentalidad mexicana, declina y se debate, intoxicada por el aire de pasión, de desesperación y de violencia, que, a plenos pulmones, estamos respirando hace mucho tiempo.

No quise, no he querido nunca permanecer indiferente al afectuoso llamamiento de las gentes que aún en un medio hostil, por sordo, a las manifestaciones de la vida superior se agrupan, a calentar, a desentumecer un aterido y olvidado ideal de belleza. Tengo, y no abandonaré nunca, la honda convicción de que el sentimiento de lo bello limpia los espíritus de miserias y maldades. Jamás dejaré de pensar que el arte puede hacer buenos a los hombres.

Así pues, aquí estoy sin humos de pedantería, como suelo estar siempre; pero, como siempre también, sin egoísmo y sin descorazonamiento. Escogí, para presentarme, un asunto sobre el cual he meditado largamente y que empecé a tratar no ha mucho, en un ambiente aúlico, grato, por costumbre, a mi corazón. Soy, y es este un título que cosquillea mi vanidad, un viejo maestro de escuela. Por eso mi palabra, van a notarlos ustedes, lo están notando ya, carece de atildamientos y donosuras. Mas en cambio, soy un buen buscador de expresiones claras, y frecuentemente las hallo con sólo seguir el curso de las ideas sin oponer a sus naturales corrientes, diques de

retórica, ni falsas compuertas de elocuencia. Mi aspiración es transmitir, en toda su integridad, el pensamiento que me posee. Y muy complacido me encuentro con mi pobreza oratoria el minuto en que siento que he despertado el interés mental de quienes me escuchan. No deseo ser admirado sino ser comprendido. Y en esta reunión que tiene apariencia de intimidad, de familiaridad, experimento cierta emoción de confianza, que me presta ánimo y robustece mi característica serenidad.

Nada nuevo voy a decir, quizás; nada trascendental y profundo; pero sincero sí, y personal, porque en ello pongo, completa y sin mácula, mi buena fe. Van ustedes a oír las aventuras intelectuales, las vueltas y revueltas, que por los aposentos del cerebro dió este amado tema del arte verbal y vernáculo. Mi narración no va a ser una *Odisea* de sabiduría, sino simplemente un *Viaje entretenido* de curioso investigador. Dichoso yo, si la atención con que ustedes me oigan, llega un instante siquiera, hasta el límite del interés. Gozaré, así, de la satisfacción de la abuela legendaria que ahuyenta el sueño de los niños, narrándoles la historia de la *Bella durmiente*.—(¡Y en verdad que es bella durmiente nuestra literatura!)—Da principio mi cuento.

\* \* \*

LITERATURA MEXICANA. Desde luego me exaltó el tópico gastado, por incesantemente repetido: la Literatura mexicana, y en general todas las Hispano-americanas, no son otra cosa que un reflejo de la peninsular, una familia de aquella antigua y nobilísima matrona, en cuyo seno se amamantan todavía, incapaces de nutrirse por sí mismas, estas débiles literaturas novicontinentales. Tardías en su desarrollo, imprecisas en su fisonomía, tales literaturas imitan por incapacidad de crear, los accidentes de la evolución de las letras en España y son algo así como la proyección de sombra de un cuerpo, como el eco que reproduce una voz.

Indudablemente que en este viejo concepto hay una verdad incontrovertible; estamos en la América española, atados para siempre, en nuestra marcha hacia la civilización, por el vínculo inquebrantable del idioma. Cuanto pensemos en belleza imaginativa, cuanto lucubremos en filosofía especulativa, cuanto experimentemos en sensación o sentimiento, cuanto tengamos, en fin, que comunicar, que sacar a lo exterior en el natural esfuerzo de nuestros espíritus, lo expresamos en la lengua madre, en el lenguaje que definitivamente nos da carácter en el mundo literario, y nos unifica con los demás pueblos que, en el árbol gigantesco de la palabra viva, forman una de

las tres ramas de las lenguas romances, la más vigorosa quizás, la más llena de savia, si bien no tan expresiva, flexible y amplia como la italiana, ni tan fina, sutil y primorosa, ni tan paciente y sabiamente labrada, como la francesa. Y por ser así, por estar vinculados a perpetuidad, a una de las tres lenguas romances, tenemos derecho a creernos, a sentirnos, a ser una difusión más o menos remota, pero de virginales augurios, del alma latina. El español es la forma única que nos ha dado y nos dará, personalidad literaria en el universo de las ideas. Cualquier producto mental nuestro, ya sea blanda cera de fantasía, ya bronce duro y sonoro de verdad, ha de vaciarse en estos moldes maravillosos del castellano, para adquirir líneas, efímeras o perdurables, de expresión. De esta suerte es como a virtud del uso perenne del vocablo, del giro, del modismo, de la formación analógica, de la trabazón sintáctica, de la metatilla y del proloquio, nos acercamos, en cognaciones incesantes, al espíritu de nuestros progenitores, al mismo tiempo que al espíritu de nuestros hermanos de América. Y es así cómo no sólo hablamos una lengua misma, sino que solemos coincidir en ideas y en sentimientos y ofrecer el caso de que mentalidades colectivas en los grupos de cultura de nuestros países, resulten, cuando se las compara, de una semejanza que se acerca bastante a una identidad. La paradoja de psicología de que el pensamiento es un lenguaje interior, está evidentemente fundada en una observación verdadera. Hablar habitualmente un idioma, implica una serie de operaciones cerebrales que nos obliga a afocar, por decirlo así, nuestros pensamientos de un modo determinado y peculiar. Hablar el castellano es, en cierta manera, pensar y sentir a la española. Un misterio psíquico compenetra y cristaliza en una unidad indivisible la forma y la esencia, la voz y la idea, la materia y el espíritu.

De modo que es de absoluta certidumbre que en la sucesión de los fenómenos vitales, en la transformación biológica, étnica y social de las naciones conquistadas por el genio español, la lengua es uno de los más poderosos distintivos, una de las huellas más profundas, que nos dejó a su paso la dominación; y esa lengua, que, aprendida y difundida, con piadosa y sublime terquedad, por misioneros y por soldados, por doctores y por rúbulas, por buenos y por malos, al través de trescientos años; esa lengua, que tratando de invadir las comarcas todas de los idiomas autóctonos, busca la realización, el ideal supremo de derivar las expresiones heterogéneas, por un sólo y vasto cauce filológico; esa lengua nos subordina a la gran expresión que, a guisa de victorioso estandarte, lleva con orgullo una raza generatriz, y, por ende, nos hace tributarios de una literatura monumental y magnífica: la literatura castellana.